

4^a

EL TIEMPO

DESDE la primera conferencia puse de manifiesto que lo sé, que sé que desde que ustedes conocieron el programa de estas conferencias exclamaron, quizá no sólo para sí: ¡cómo, el tiempo, exclusiva del hombre! ¿pues no hay otros muchos seres y cosas temporales, hasta más temporales? ¿pues no son los seres, las cosas, temporales, sin más excepción que el Ser eterno, o que éste y las cosas intemporales afirmadas por algunos filósofos, los objetos ideales, los valores? ¿pues no es incluso todo temporal en cierto sentido, en el de durar en el tiempo, pasajera o eternamente? Pero también desde la primera conferencia me adelanté a aclarar que si no el tiempo, así en general, es una exclusiva del hombre, hay al menos un tiempo *humano* que en cuanto tal sí lo es: como si tampoco el cuerpo en general es una exclusiva del hombre, lo es en cambio el cuerpo *humano*. También sabía que semejante aclaración no iba a dejarles completamente tranquilos, que la existencia de

un tiempo humano, exclusivo del hombre, distinto, por tanto, del tiempo de los demás seres y cosas temporales, del tiempo en general, iba a parecerles problemática o enigmática; pero sabía, en fin, que ustedes esperarían estas últimas conferencias, en la esperanza de que les descifrarían el enigma, resolverían el problema. Ha llegado, pues, el *tiempo* de no hacerles esperar más, y si me es dado tanto, de no defraudar su esperanza: de examinar hasta qué punto sea o no el tiempo una exclusiva del hombre, haya o no un tiempo *humano*. Mas una advertencia quiero hacer desde ahora. Del tiempo pueden decirse muchas cosas. Muchas más de las que caben en un par de conferencias. Como resultó forzoso con las exclusivas del hombre en general, con la del cuerpo, con la mano, forzoso resulta escoger también con esta otra exclusiva del tiempo. Lo que en este último par de conferencias voy a decir se reducirá, por ende, a lo requerido para ilustrar la cuestión de la humana exclusividad del tiempo.

Lo que viene a ser, es y deja de ser en el tiempo, o es en él con principio y fin, es *temporal* en un primero y más propio sentido. Tales, los seres y las cosas naturales, de la

naturaleza inanimada y los seres vivos, incluso el hombre, y las cosas humanas, materiales y hasta inmateriales, en la medida en que unas y otras sean distintas del hombre mismo y en que las segundas no sean algunas de aquellas que voy a mencionar en seguida. Este ser en el tiempo con principio y fin es un *durar* que varía entre la "duración instantánea" o la duración "efímera" de la "flor de un día" y la duración multimilenaria del astro, la "duración indefinida" — no "infinita", porque por *duradero* que sea algo temporal, será en definitiva *pasajero*: el *durar* de lo temporal es un *pasar* en definitiva. Por ende, hay lo *más* y lo *menos duradero*, *pasajero*, *temporal*, en el sentido de lo que tiene una duración mayor o menor. Pero cabe hablar de *más* y *menos temporal* también en otro sentido: en el de que la duración de un ser sea más o menos *suya*, de que el tiempo, en general, sea más o menos *propio de él*. A primera vista, parece igualmente posible que los seres de menos duración sean aquellos cuya duración sea más *suya* o de los que el tiempo sea más propio, y que el ser la duración de un ser más o menos *suya*, el tiempo más o menos propio de un ser, sea independiente de que dure más o menos.

Lo que vino o venga a ser en el tiempo y es o será en él sin dejar de ser ya, o lo que es o sea en el tiempo con principio, pero sin fin, como las almas y los espíritus *inmortales*, puede considerarse como *temporal* en un sentido no absolutamente impropio. Por cierto que si creemos en almas y espíritus *inmortales*, no parece que nadie haya hecho más que a lo sumo concebir, como nosotros vamos a hacer ahora, seres o cosas *no nacidas*, en el sentido de no haber venido a ser en el tiempo, sino ser desde siempre en él, pero habiendo dejado o habiendo de dejar de ser en él, o sin principio, pero con fin en él. ¿Será que aunque *concebibles*, sean *imposibles*? Y en este caso ¿qué puede significar semejante imposibilidad de que lo no nacido deje de ser, en contraste con la posibilidad universalmente admitida de que lo que vino o venga a ser sea inmortal? Ya aquí podemos advertir que mientras que podemos concebir lo inmortal sin necesidad de destacar su nacimiento, no podemos concebir lo no nacido, en el sentido de que se trata, sin destacar expresamente su muerte.

Lo que es en el tiempo sin haber venido a ser ni haber de dejar de ser en él, sino habiendo sido y habiendo de ser siempre en él,

o lo que es en él sin principio ni fin, es lo *eterno*, Dios, el Ser eterno, y los objetos ideales, en la representación vulgar y alguna concepción teológica del primero y una de las concepciones filosóficas de los últimos.

Lo *temporal* en el primer sentido y lo *eterno* en el sentido acabado de registrar se oponen, como lo que es en el tiempo *con principio y fin* y lo que es en el tiempo *sin principio ni fin*, respectivamente. Lo *temporal* en el segundo sentido y lo *eterno* en el sentido registrado podrían oponerse, por el *tener principio* en el tiempo lo primero y *no tenerlo* lo segundo, pero más bien se unen, por *no tener fin* ni lo uno ni lo otro, en un segundo sentido de *eterno*. Lo *temporal* en el primer sentido y lo *eterno* en este segundo sentido resultan opuestos, por *tener fin* lo primero y *no tenerlo* lo segundo.

Juntamente lo *temporal* en los dos primeros sentidos y lo *eterno* en el primer sentido, o sea, todo *lo que es en el tiempo*, con o sin principio y fin, puede considerarse como *temporal* en este tercero y más amplio sentido. En él hasta lo eterno es temporal, y en efecto, la primera representación y la vulgar de la eternidad es la del tiempo tomado en su totalidad infinita. En este tercer sentido, la representación de la duración mayor o me-

nor se extiende de los seres temporales en el primer sentido a los inmortales y a los eternos en el primer sentido: los seres temporales en el primer sentido duran más o menos, pero pesan en definitiva; las almas y los espíritus inmortales *durarán* infinitamente, en la dirección del futuro, ya no pasarán; Dios y los objetos ideales *duran* desde siempre, infinitamente, en las direcciones del pasado y del futuro, de suerte que no sólo no pasarán, sino que fueron siempre; seres inmortales y eternos no son *pasajeros*. En consecuencia, también puede extenderse de los seres temporales en el primer sentido a los inmortales y a los eternos en el primer sentido, la idea de la duración más o menos *suya*, del tiempo más o menos *propio de ellos*: ¿será más *suya* la duración de un ser temporal, la de un alma o un espíritu inmortal, la del Ser eterno o la de los objetos ideales? ¿será más *propio* el tiempo de un ser temporal, de un alma o un espíritu inmortal, de Dios o de los objetos ideales?

A lo *temporal* en el tercer sentido se opone lo *intemporal*, que en rigor literal sería aquello que no tuviese con el tiempo nada que ver, ninguna relación. Porque hay muchas cosas que no tienen nada que ver, ninguna relación unas con otras. ¿De qué color

es el sonido de la flauta o a qué suena el verde? ¿Es moral o inmoral la esfera o esférica o cúbica la moralidad? ¿Cuántos centímetros cúbicos tiene el aburrimiento o el interés que empieza a adueñarse de ustedes? Es evidente que, a pesar de las sinestias, *Correspondencias* y *Vocales*, los *sonidos* no tienen nada que ver, ninguna relación con los *colores*, ni viceversa; ni las *figuras geométricas* con la *moralidad*, ni existe la relación recíproca; ni los *sentimientos* con el *volumen* en sentido propio, aunque la tengan en un sentido figurado — figurado, pero no sin fundamento. Pues lo mismo pasaría con el tiempo, por una parte, y, por otra, los objetos ideales y Dios, si no también los espíritus y las almas inmortales, en la concepción más filosófica de los unos y la concepción teológica con mucho más generalizada del otro.

En esta concepción y este sentido de *intemporal* se identifica con esto lo *eterno* mejor entendido o en un tercer sentido.

Los sustantivos *temporalidad*, *eternidad*, *intemporalidad* serán entendidos sin más en los sentidos correspondientes.

Por el momento no interesa la existencia o inexistencia de unos u otros seres o cosas, sino únicamente los sentidos de los términos elucidados, que son posibles independiente-

mente de que haya o no seres o cosas a que aplicar los términos en algunos de los sentidos — puesto que es innegable que los hay a que aplicarlos en otros. Para dar sentido a los términos basta la representación de los seres o cosas correspondientes.

De la puntualización terminológica que acabo de hacer se desprende el sentido preciso en que empleo la expresión “el tiempo, exclusiva del hombre”: en el de la existencia de un tiempo propio *por igual* de cada uno de nosotros, los seres humanos, los individuos humanos, pero *no por igual* de cada uno de nosotros y cada uno de los demás individuos de otras especies o géneros, de los demás seres de otras clases; y, mera consecuencia, en el sentido de *propio* de cada uno de los fenómenos psíquicos de los individuos humanos como *no sería propio* de ninguna otra cosa.

Pues bien, el hombre tiene dos relaciones con el tiempo. Una es la de venir a ser, ser y dejar de ser en el tiempo, o la de ser en el tiempo con principio y fin, o la de vivir — nacer, vivir y morir — en el tiempo o *ser temporal* en el primero y más propio sentido. Esta relación le sería, pues, común: totalmente, con los demás seres y cosas temporales en el mismo sentido; parcialmente, con

los seres temporales en el sentido de ser en el tiempo con principio, pero sin fin; totalmente, de nuevo, con los demás seres y cosas temporales en el sentido más amplio, de ser en el tiempo, con o sin principio y fin.

La otra relación del hombre con el tiempo es la de no sólo *vivir* — nacer, vivir y morir — *en el tiempo*, sino *vivir el tiempo* y las relaciones de los seres y las cosas con él, incluyendo las propias, o la falta de tales relaciones. Esta segunda relación le sería común exclusivamente con los seres temporales en el segundo sentido y con el Ser eterno, suponiendo que éste y los espíritus y las almas inmortales viven en este punto lo mismo que el hombre, si no más, aunque también pudiera ser menos en algún sentido. Porque ya al vivir el tiempo el hombre es múltiple.

Ante todo, el hombre *vive* las cosas y los seres temporales como tales, entre ellos él mismo, y también los seres y las cosas eternas e intemporales como tales. Todos los hombres vivimos, en la vida corriente, el curso de los astros, la repetición de ciertos fenómenos meteorológicos, la subitaneidad y fugacidad de otros, el agostarse y reverdecir de la vegetación, el nacer, vivir y morir de los animales y de nuestros semejantes, y nues-

tro propio vivir, con nuestro crecer, madurar y envejecer, lo pasajero de la juventud y la definitiva caducidad de la vida, lo fruitiva o abrumadoramente lento de ciertas horas, lo terrible o felizmente veloz de otras; la repetición de nuestras faenas, el curso de los acontecimientos históricos. La mayoría, si no la totalidad, de los hombres, vivimos, además, en la fe religiosa, la inmortalidad o la eternidad de sus objetos. Y algunos, en fin, si es que tampoco todos, vivimos, de una u otra manera, en la ciencia, en la cultura en general, y en particular en la filosofía, la intemporalidad de lo matemático, de la verdad en general, de ciertos valores, si es que, una vez más, no de todos.

Pero los hombres no nos limitamos a vivir, sin mayor especificación, todas estas cosas. Las vivimos, además, en la forma específica que es el *contar el tiempo*, dividido en días y noches, días y años, con los múltiplos y divisores de unos y otros, horas y estaciones, meses y semanas, lustros, decenios, siglos y milenios, minutos y segundos, fracciones de segundo. Este vivir el tiempo que es el contarle puede considerarse ya como un *saber* de él, que desde un *saber vulgar* evolucionó hasta un *saber científico y técnico*, en las ciencias de la *cronología* y la *cro-*

nometría y la técnica de la construcción y uso de calendarios, relojes y aparatos cronométricos en general. Como consecuencia y manifestación, la vida humana está organizada cronológica y cronométricamente, desde la más rudimentaria, de los pueblos en estado de naturaleza, que no está organizada simplemente en días y noches y en estaciones del año determinadas por la sucesión de los fenómenos naturales y las tareas humanas vinculadas a ellos, sino incluso en "horas" definidas por las faenas cotidianas; hasta la vida civilizada más compleja, que llega a estar organizada "al minuto" tanto colectiva cuanto individualmente, y en la dirección que cabe considerar como opuesta está organizada cronológicamente así en lo biográfico como en lo histórico.

Pero tampoco nos hemos limitado a la cronología y cronometría. Nos hemos hecho una *representación vulgar del tiempo mismo*, ya como tiempo de las cosas, como *tiempo concreto* con ellas, ya como *tiempo abstracto* de ellas, tiempo en general y en sí; y hemos afinado esta representación en los conceptos, definibles o no, de la reflexión sobre el tiempo y las relaciones, o falta de relación, de las cosas con él que constituye la

filosofía del tiempo, en que culmina el *saber* del mismo.

Y ya el simple vivir el tiempo tiene su historia. Los primitivos no lo viven como los cultos, ni los griegos lo vivían como nosotros. Ni sólo fué histórica la evolución del saber vulgar en el contar el tiempo a la ciencia y técnica de la cronología y cronometría, sino que también éstas tienen su historia. La tiene asimismo la representación vulgar del tiempo, aunque sólo fuese por su vinculación más directa al simple vivir el tiempo. Tampoco los primitivos se lo representan como los cultos, si es que se lo representan, en general, en el mismo sentido que los cultos, ni los griegos se lo representaban como nosotros. Tiene, por último, su historia la filosofía del tiempo, dentro de la historia universal de la filosofía. Una historia en la que se recortan ciertas etapas y se destacan ciertos textos. La tendencia general de la filosofía desde sus orígenes, de concebir la verdadera realidad, el ser en general o el Ser por excelencia como lo eterno o lo intemporal, parece implicar la expulsión del tiempo extramuros de la filosofía, pero no hay tal. Lo que semejante tendencia, por el contrario, entraña es el considerar fundamentalmente los seres en su relación, o falta de relación,

con el tiempo. Y de cuantas divisiones más amplias y radicales recogió de la religión o hizo por sí la filosofía, lo material y lo espiritual, lo sensible y lo suprasensible o lo natural y lo sobrenatural, lo real y lo ideal, el Creador y lo creado, lo temporal y lo eterno o lo intemporal, ésta resulta tan amplia como la que más y la más radical de todas. Pero ya desde la Antigüedad tomó la filosofía por tema el tiempo mismo, concibiéndolo primero más en concreto con las cosas y luego más en abstracto, primero como algo natural, real, objetivo y más tarde como algo subjetivo, ideal y fenoménico a una. Hasta venir en nuestros días a ver en él la entidad al par fundamental y humana que sería, en conjunción con el ver en la filosofía del hombre la filosofía fundamental que se inicia desde los comienzos de la filosofía moderna.

Tales son las dos relaciones del hombre con el tiempo. Unas relaciones que, además, guardan o pudieran guardar *entre sí* las relaciones que parecerán naturales consecuencias de ser los términos de las primeras los mismos, el hombre y el tiempo. El *ser temporal* del hombre es, patentemente, *objeto* de su *vivir el tiempo*, de su *saber de éste*. Y la primera, el *ser temporal*, parece *condición* de la segunda, del *vivir el tiempo* y sa-

ber de él— el momento que tardamos en caer en la cuenta de que otros seres temporales ni siquiera lo viven. Cabiendo también ocurrirse si no podría ser el *vivir el tiempo* o el *saber de él*, a la inversa, *condición del ser temporal*— aunque concebimos un ser intemporal que viva el tiempo, que sepa de él no menos omniscientemente que de todo lo demás, el Ser eterno debidamente concebido. Hasta se encuentra que el *vivir el tiempo* o el *saber de él* es en cierta medida o forma *objeto de sí mismo*: los hombres no nos reducimos a vivir el tiempo, a saber de él, sino que también sabemos de nuestro vivirlo y nuestro saber de él; la filosofía del tiempo, en cuanto filosofía del hombre, no se ocupa sólo con el ser temporal de éste, sino también con su vivir el tiempo y su saber de él, incluso consigo misma, con el saber filosófico del tiempo, en una reflexividad sobre sí misma peculiar, privativa de la filosofía en general, de la que el ejemplo quizá más al alcance de todos sea el de la lógica, cuyo discurso no debe dejar de caer, evidentemente, bajo las reglas que él mismo va sentando. En todo caso, estas dos últimas conferencias no han empezado a ser ni van a seguir siendo otra cosa que una manifestación del vivir el tiempo, del saber del tiempo, de la filosofía

del tiempo propios del hombre, aplicados primordialmente al ser temporal de éste y complementariamente a sí mismos.

Pues bien, ya comprobamos que en ninguno de los tres sentidos de *temporal* registrados, ni en el de ser en el tiempo con principio y fin, ni en el de ser en él con principio pero sin fin, ni en el de ser en el tiempo, con o sin principio y fin, resulta el tiempo una exclusiva del hombre, sino todo lo contrario, algo compartido por él, ya con todos los demás seres y cosas naturales y humanas, ya con los demás espíritus inmortales, ya con aquéllas y éstos y además con Dios y hasta con los objetos ideales. Ni siquiera el *vivir el tiempo*, el *saber de él* parece exclusiva suya, pues que cabe suponer que los demás espíritus inmortales y el Ser eterno sepan de él, lo vivan, ya que no filosofen propiamente sobre él, para no hablar de las almas inmortales, cuyo saber del tiempo o vivirlo, por ser almas humanas, nos lo representamos como natural continuación de nuestro saber de él y vivirlo en general. Pero examinemos la cuestión, partiendo de la representación que nos hacemos del tiempo en general, en sí, los que estamos aquí ahora. Porque es un hecho que nos hacemos una, de acuerdo con lo que he dicho acerca del vivir en general

el hombre el tiempo. En verdad, y de acuerdo con lo mismo, la representación que nos hacemos del tiempo en general, en sí, los que estamos aquí ahora no es privativa de nosotros: es propia del *grupo cultural* del que somos parte y representación, también. Pero el dueño o sujeto de la representación del tiempo es punto indiferente por el momento. Por el momento es lo importante únicamente la representación misma. ¿Cuál es, pues, ella?

En cuanto se comienza a detallarla, se tropieza con que es una representación que resulta extraña, paradójica, problemática, porque se representa como *lábil, múltiple, contradictoria* incluso. Pero no debemos rechazar ninguna de las notas con que se ostente paladinamente, a ninguna de las representaciones parciales que se ofrezcan como efectivas, por el afán de evitar la contradicción, de obtener una representación coherente, que parece un afán fundado en todos los casos, pero no lo sería desde luego en éste. Pues lo que debemos hacer es más bien averiguar qué signifique o a qué respondan justamente semejantes labilidad, multiplicidad, contradicción. Es más: en la constante forzosidad de escoger, las notas o representaciones parciales que a continuación debe-

ríamos preferir serían aquellas que condujesen más derechamente a averiguarlo.

Nos representamos el tiempo como una *entidad distinta* de las cosas temporales en todos sentidos, o *en sí*. Como algo *en* que las cosas temporales son con o sin principio y fin: como un *continente* o *recipiente*, pues, en cuanto tal distinto de las cosas contenidas o recibidas en él. Una doble comparación aclara, precisa esta representación. También nos representamos así el *espacio* y las cosas en relación con él, bien que la representación del espacio como un continente o recipiente parece más obvia que la representación del tiempo como cosa semejante. En cambio, no nos representamos de la misma manera la *cualidad*: no nos representamos ésta como algo *en que sean las cosas*, sino todo lo contrario, como algo que *es en las cosas* —o *es de las cosas*. Pero así nos representamos la *extensión* de las cosas, en correlación con el lugar que ocupan en el espacio, y la *duración* de las cosas, en correlación con el "*lugar*" que ocupan en el tiempo. Se trata, evidentemente, de una representación *espacial del tiempo*.

En cuanto distinto de lo contenido o recibido en él, nos representamos el tiempo como *va-*